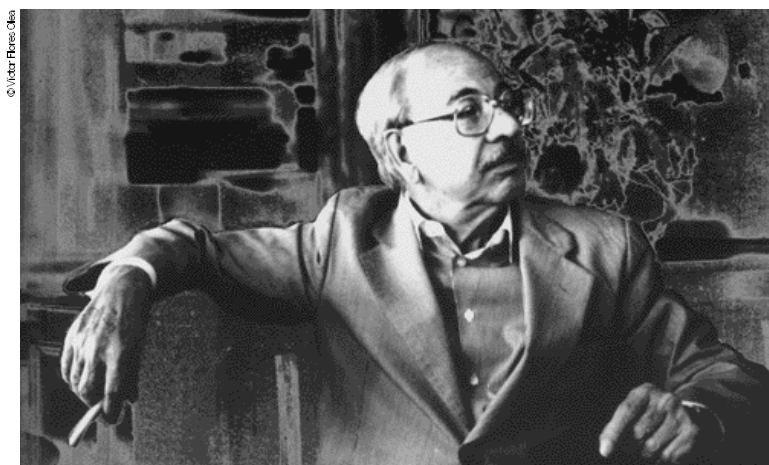


Lo que sea de cada quien

Una dedicatoria de Fernando Benítez

Vicente Leñero



Fernando Benítez

Cuando salía Julio Scherer con una mano en el hombro de Fernando Benítez, yo llegaba a Reforma 18, el edificio de *Excelsior*. Saludé a Julio y me iba a seguir de frente, pero él me detuvo con gesto de extrañeza:

—¿No conoces a Fernando?

—Personalmente no. Es la primera vez...

Dejé en el aire la sonrisa y el apretón de manos que me ofrecía Benítez. Huí hacia el interior del periódico.

—¿Por qué no quieres a Benítez? —me preguntó Julio días después.

Y le conté.

En 1964, luego de que premiaron en Barcelona mi segunda novela, Elena Poniatowska me buscó para hacerme una entrevista: una exhaustiva entrevista de las suyas que aparecían en el suplemento *La cultura en México* y que significaban, en la mentalidad de los jóvenes de entonces, poco menos que la consagración. Primero me invadió el asombro, luego la vanidad. Ahora sí iba a salir de las sombras. Ahora sí

iba a empezar a existir como escritor para esa mafia comandada por Benítez. ¡Ahora sí, cabrones!

La entrevista de Elena fue generosa y larguísima, con fotógrafo y todo: una tarde entera en mi casa y una mañana en el restaurante del Centro Médico del IMSS donde se hallaba internada la madre de la periodista. Terminé exhausto pero feliz.

Sin embargo pasaron una semana, dos semanas, tres semanas, cuatro semanas, cinco semanas, y la entrevista no aparecía en *La cultura en México* que yo hojeaba, número tras número, con avidez. No me atrevía a telefonar a Elena hasta que una tarde, por casualidad, me topé con ella en el aeropuerto.

—¿Qué pasó?

—Benítez no quiso publicarla, lo siento. No le pareció interesante.

—¿Por qué?

Elena hizo una mueca de fuchi.

—No te preocupes, la voy a publicar en *El día*.

Efectivamente, aunque resumidísima y en un rincón de ese periódico horrible que dirigía Ramírez y Ramírez, apareció un extracto de mi charla con la Poniatowska. ¡Puf!

A partir de entonces reaccioné hacia Benítez con el resentimiento de un adolescente. No desaprovechaba ocasión alguna para lanzar pestes contra el capo de la pandilla de intelectuales que operaba con las mañanas del PRI, exageraba yo. Me burlé de él cuando emitió su célebre frase: “¡Echeverría o el fascismo!”. Atribuí su desdén al teatro por el brutal fracaso de su única obra, *Cristóbal Colón*, estrenada en Bellas Artes en 1951. Y cuando escribí un libro sobre el golpe a *Excelsior* hice una caricatura de Benítez donde lo deformaba como un servil al presidente.

Carlos Monsiváis reprobó mi alusión:

—Fuiste muy injusto con Fernando —dijo. Y el propio Benítez me acusó luego de “servilismo vesicular” hacia Julio Scherer.

Ahí quedó esa dispareja disputa —él fue siempre más importante y más poderoso—, hasta que en junio de 1989 llegué a mi casa un sobre de papel manila. Contení el más reciente libro de Fernando Benítez, *La nao de China*, publicado por Cal y Arena. En la primera hoja falsa brillaba una dedicatoria en tinta azul y letra pequeñísima dirigida a mi nombre y en la que se maleía esta frase: *amigo querido des-haz ya cualquier equívoco*.

Me emocionó el gesto conciliador. Me generó un sentimiento culpígeno por aquel desplante del que yo no sería capaz. De inmediato conseguí su número telefónico y lo llamé: Fue afectuosísimo.

—Te debo un abrazo —dijo Benítez antes de colgar.

Nunca me lo dio. [U]